

INTRODUCCIÓN:
NECESIDAD DE UNAS NUEVAS COORDENADAS
DE ACERCAMIENTO A LA OBRA DE ABRAHAM VALDELOMAR

*Y vivirá mi alma en las cosas futuras
sintiendo las saetas de nuevas desventuras,
en una larga, triste, cruel peregrinación...*
Abraham Valdelomar,
“Ha vivido mi alma”

En la literatura peruana del siglo xx existen pocas figuras tan controvertidas como la de Abraham Valdelomar (1888-1919). En su tiempo fue, sin duda, el escritor más conocido, alabado y vituperado tanto por su producción literaria como por sus zahirientes artículos y crónicas periodísticas contra la burguesía limeña. Sin embargo, con el tiempo, el significado y alcance de la producción del autor fue difuminándose, sobre todo debido a las posteriores valoraciones críticas que, incapaces de conciliar las diversas facetas de su producción y de su controvertida personalidad pública, trataron de encorsetar, dividir y jerarquizar una obra que, como se proponen demostrar las páginas de este trabajo, escapa y excede las clasificaciones literarias tradicionales. En este volumen me propongo, tomando como eje vertebrador la producción narrativa de Valdelomar, un muy necesario acercamiento holístico al conjunto de su obra.

Para poder llevar a cabo dicho acercamiento, resulta imprescindible atender a las condiciones políticas, ideológicas y culturales que hicieron posible la aparición de una figura como la de Abraham Valdelomar en el Perú de comienzos del siglo xx. Este volumen se sitúa, por tanto, en el seno de debates ideológico-culturales de la época, vinculados con aspectos como la

modernización acelerada de la capital, el problema del centralismo frente a las provincias, el problema de la marginación cultural y política de la población indígena, el criollismo y sus implicaciones culturales y políticas, la profesionalización de los escritores —que implicó la redefinición del lugar social de los intelectuales latinoamericanos en estos años— y la incorporación parcial y desigual de Perú al capitalismo internacional. Todos estos elementos articularon los matices del problema de la redefinición identitaria del país y la configuración de un proyecto nacional que definiría el proyecto político del Perú moderno.

En este contexto, la cuestión de la “literatura nacional” adquirió drástica relevancia, pues la visión de lo que podía ser considerado como “literatura peruana” surgía impregnada de implicaciones ideológicas. El poder legitimador de la palabra escrita hizo que autores como Valdelomar desbordaran las fronteras de la tradición: por una parte, incorporando al canon literario obras que se ocupaban, por ejemplo, de la vida provinciana o del pasado prehispánico; por otra parte, abriendo el camino de acceso a la ciudad letrada tradicional a intelectuales de clase media procedentes de provincias. Con obras como sus “cuentos criollos” o sus “cuentos incaicos”, así como con sus extravagancias al estilo de los dandis finiseculares europeos, Valdelomar inició un cambio que trascendió los límites de lo literario, y cuyos efectos se harían notar en la labor política e intelectual de pensadores como José Carlos Mariátegui o César Vallejo.

En los últimos años ha surgido una serie de estudios que dan cuenta de las tensiones socioculturales de la época y del lugar, y de la relevancia que Valdelomar tuvo para el desarrollo de los procesos ideológicos del Perú de principios del siglo xx (me refiero a estudios como los de Bernabé 2006, McEvoy 2013, Ortiz Canseco 2015, Rénique 2015, Neyra Magagna 2020). Dichos estudios se centran en los aspectos performativos de la figura pública de Valdelomar en conjunción con elementos especialmente relevantes de su trayectoria vital en el contexto de la vida intelectual peruana de su tiempo y constituyen un aporte de gran valor para comprender las múltiples facetas del autor. Sin embargo, en general, estos estudios remiten solo superficialmente a su obra literaria, como apoyo para iluminar algunas observaciones, pero no como objeto de estudio en sí mismo. Por este motivo, considero que se hace imprescindible un acercamiento como el que propongo en estas páginas,

capaz de dar cabida a todos los matices de la obra valdelomariana, así como al conjunto de voces e ideas que poblaron el horizonte intelectual peruano de estos años, y con las que la producción del autor estuvo en constante y fructífero diálogo. Insisto en que se trata de un acercamiento necesario que viene a cubrir un vacío crítico ya insoslayable con respecto a Valdelomar y su significado para las letras peruanas. Pues, si bien el autor ha permanecido como una de las figuras más estudiadas y comentadas de la literatura peruana del siglo xx, la mayoría de los estudios críticos se ha limitado a ofrecer bien una visión superficial de su obra (a menudo explicada en exceso en términos biográficos), bien un estudio pormenorizado, pero parcial, de una u otra parte concreta de su producción, sin ofrecer una mirada que aúne la crítica literaria con la comprensión de su contexto de producción.¹

¹ Existen numerosas ediciones que recogen algunos de sus cuentos; y tres compilaciones fundamentales de su narrativa completa: *Obras, textos y dibujos* (1979) recogidos por Willy Pinto Gamba con prólogo de Luis Alberto Sánchez; *Obras* (1988), editado y prologado por Luis Alberto Sánchez, con los textos reordenados por Ismael Pinto; y *Obras completas* (2001), con edición, prólogo, cronología, iconografía y notas de Ricardo Silva-Santisteban. Este trabajo se apoya sobre todo en la última de las citadas, que es la que recoge un mayor número de textos y cuya clasificación y ordenación se presenta como la más adecuada. Existen asimismo varios estudios bio-bibliográficos generales, como *Valdelomar o la belle époque* (1987), de Luis Alberto Sánchez o *Valdelomar, el conde plebeyo* (2000) de Manuel Miguel de Priego y varias compilaciones de cartas, conferencias y textos inéditos: *Valdelomar por él mismo: cartas, entrevistas, testimonios y documentos biográficos e iconográficos* (2000) de Ricardo Silva-Santisteban; *Abraham Valdelomar-Luis Varela y Orbegoso. Vidas y cartas* (2005), reunidas por Osmar González y Jorge Paredes; *Epistolario de Abraham Valdelomar* (2007), editado por César Ángeles Caballero. Por otro lado, existen algunos estudios señeros sobre la obra del autor. La primera mirada crítica a Valdelomar y a su obra nos la proporciona, en 1928, José Carlos Mariátegui, en el espacio que le dedica en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. En 1940 aparece el estudio de Luis Fabio Xammar, *Valdelomar: signo*, que sentó algunas de las bases para la crítica posterior, así como otros estudios de carácter general, como los de Augusto Tamayo Vargas, “Abraham Valdelomar”, en Julio Ortega y Augusto Tamayo Vargas, *Ventura García Calderón; Abraham Valdelomar* (1966), y Ricardo González Vigil, *Abraham Valdelomar*, colección: “Los que hicieron el Perú” (1987). Junto a estos hay que incluir algunos tomos dedicados a la recolección de estudios sobre el autor, como *Valdelomar. Memoria y leyenda* (2003), prólogo, selección, bibliografía y notas de Jesús Cabel y *Textos marginados sobre Abraham Valdelomar* (2004), compilados por César Ángeles Caballero.

Dadas estas circunstancias, cabe preguntarse por qué la literatura de Valdelomar ofrece tanta resistencia a ser estudiada y aprehendida globalmente. A mi parecer, la particular producción literaria de Valdelomar ha sido con frecuencia víctima de las formas canónicas de abordar el estudio de la literatura, y las aproximaciones críticas a Valdelomar han acabado configurando tres grandes problemas que obstaculizan la comprensión de su obra en conjunto: (1) la insistencia en dividir históricamente el estudio de las literaturas nacionales en “generaciones” de autores, que en muchas ocasiones ha resultado en una excesivamente simplificada oposición entre “novecentistas” y “colónidas”; (2) el problema del “etiquetado literario”, que periodiza la literatura en movimientos o corrientes sucesivas y obliga a los autores a encajar en ellas o quedar fuera del canon, lo que ha dado lugar a una confusa vacilación crítica a la hora de declarar a Valdelomar perteneciente a unas u otras; y (3) la tendencia a explicar la obra de un autor a partir de su vida, puesto que los esfuerzos por comprender la compleja personalidad del autor han oscurecido, en ocasiones, el significado de su obra. Estos tres problemas están relacionados entre sí y vinculados con la forma tradicional en que se estudia y valora la literatura, que a menudo pasa por alto la complejidad y profundidad del material estudiado y deforma o, como mínimo, simplifica las condiciones y procesos de producción y recepción de la literatura en un lugar y momento determinados. Por ello, en esta introducción me propongo desbrozar el modo en que estas categorías han sido aplicadas a Valdelomar, localizar sus limitaciones y justificar en qué medida limitan la comprensión del alcance de la producción del autor. Propongo, entonces, atender a cada uno de estos tres problemas y observar cómo se han aplicado a la literatura de Valdelomar, para así poder desembarazarnos de algunos *a priori* heredados y dejar lugar para que hable, inmersa en su contexto de producción y en diálogo con otras voces, la lógica que subyace a la producción valdelomariana en su conjunto.

I. I. ENTRE LA “GENERACIÓN DEL NOVECIENTOS” Y LA “GENERACIÓN DE LA REFORMA UNIVERSITARIA”

La entrada de América Latina en el engranaje capitalista estuvo marcada por la dependencia con respecto a las potencias imperialistas occidentales, consentida y favorecida por las oligarquías nacionales, obsesionadas con el progreso y la modernización. No obstante, el efecto modernizador fue muy superficial y repercutió únicamente en los grandes centros urbanos, que sufrieron un drástico crecimiento demográfico fruto tanto de la inmigración rural como de la extranjera. Dicho crecimiento favoreció, con la aparición de nuevos trabajos, la movilidad social, y modificó por tanto el sistema tradicional de relaciones sociales. Sobre todo, adquirió relevancia y poder la nueva clase burguesa, a la que vinieron a sumarse los inversores extranjeros y también un sector de la oligarquía tradicional que logró sumarse a la oleada modernizadora (Romero 1976: 268). Estas transformaciones convocaron grandes oleadas migratorias del campo a las ciudades. Al mismo tiempo, aparecieron las primeras industrias y, con ellas, las organizaciones de obreros y sindicatos. Las clases populares empezaban a entrar en la vida política y surgieron, por primera, vez partidos que desafiaron el orden social establecido por los partidos tradicionales. Pero si las clases populares se organizaban y pedían un cambio estructural, las nuevas clases medias-altas profesionales (es decir, la nueva burguesía que se había hecho con el control de los medios de producción), no deseaban cambiar las estructuras básicas de la organización social. Bien al contrario, pretendían entrar a formar parte de los sectores que tradicionalmente habían gozado del poder y los privilegios. Persiguieron este objetivo no solo a través del enriquecimiento material sino, sobre todo, a través de comportamientos y apariencias, tratando de convertir su nueva situación económica en una nueva posición social.²

Todas estas transformaciones tuvieron un correlato en el terreno cultural. Autores finiseculares como Flaubert, Baudelaire o Poe inauguraron en

² En una iluminadora revisión del periodo que ocupa estas páginas, Carmen McEvoy traza una interesante conexión entre los ideales del civilismo republicano peruano y lo que denomina “tiempo del enmascaramiento” en Lima, donde la “decencia” surge como “uno de los valores fundamentales de la cultura mesocrática peruana” (2013: 326).

Europa y Estados Unidos la reacción al capitalismo al presentarse como figuras malditas, en oposición a la burguesía y su sistema de valores (Rama 1998). El modernismo fue el movimiento que, en el ámbito latinoamericano, coincidió con las reacciones artísticas al espíritu burgués industrial. La literatura que se inscribe en el amplio abanico de lo que llamamos modernismo puso de manifiesto las contradicciones que la modernización implicaba en los países periféricos: en las nuevas sociedades gobernadas por una burguesía materialista, los escritores legitimaron su papel por medio de la apropiación de los valores espirituales. Pero esta “aristocracia espiritual” no resolvía el problema de la función del escritor en la sociedad moderna. Sobre esta cuestión reflexionaron a menudo los modernistas, quienes empezaron a pugnar por la autonomía de la producción estética y la profesionalización de la escritura. De este modo, y a pesar de la oposición al materialismo burgués que subyacía a las actitudes de muchos intelectuales de la época, las letras se convirtieron en un producto más del sistema mercantil capitalista. Reporteros y cronistas vendían sus escritos a periódicos y revistas, y pasaron a ser trabajadores asalariados, es decir, profesionales que vivían de su trabajo. La cara positiva de esta mercantilización de la escritura radicó en la disociación de las figuras del escritor y el político (lo que no equivale a decir que los escritores se desentendieran de la política, como ha pretendido la crítica más tradicional). Los escritores finiseculares asumieron lo que Rama (1998) llamó una “función ideologizante” que se plasmó en los periódicos, que abrieron un espacio de escritura nuevo en la sociedad moderna. Un espacio de expresión que, por vez primera, se desvinculaba del poder gubernamental y adquiriría cierta independencia. Surgió así un discurso disidente que tuvo su público receptor, sobre todo, en las capas medias, obreras y populares. Comenzaba el “asalto a la ciudad letrada” (Rama 1998).

Sin embargo, el proceso delineado —muy brevemente y de forma muy general— para América Latina en estos años no se dio en Perú al mismo tiempo ni de la misma manera. A finales del siglo XIX se había detenido en Perú la vida nacional, sumergida en la Guerra del Pacífico primero,³ y

³ La Guerra del Pacífico (1879-1883) enfrentó a Perú y Bolivia contra Chile. El desencadenante del conflicto fue de tipo económico, a raíz del choque de intereses entre Bolivia y Chile por la explotación del salitre en la región de Atacama. Al estallar el conflicto armado,

en la inestabilidad política posterior que culminaría con la guerra civil de 1895. Procesos como la profesionalización de los escritores ocurrieron más tarde y sujetos a circunstancias particulares, concretamente durante el periodo conocido como “República aristocrática”.⁴ La guerra y sus consecuencias marcaron un punto de inflexión en la cultura peruana, donde “palpitaba una certeza fundamental: el dominio de la ‘ciudad letrada’ capitalina había llegado a un punto límite y el ‘verdadero Perú’, en su relanzamiento o su aniquilación, aparecía como terreno de definición” (Rénique 2015: 241). Los debates ideológicos que dominaron el horizonte cultural de las primeras décadas del siglo xx se desarrollaron en dos tendencias simultáneas. Por un lado, los escritores vinculados a las oligarquías tradicionales producían ante todo ensayos de tema histórico y sociológico, ocupados en desentrañar los conflictos fundamentales del país; a este grupo de autores se ha denominado tradicionalmente “generación del novecientos”. Por otro lado, emergen posturas rupturistas que, siguiendo la reflexión iniciada a finales del siglo anterior por Manuel González Prada, presentan una nueva visión en torno a aspectos nunca antes cuestionados de la vida nacional como, por ejemplo, la situación de los pueblos indígenas o el problema del centralismo de Lima frente a las provincias. Estas posturas divergentes estuvieron profundamente vinculadas con la modernización acelerada y los cambios que, entre 1909 y

Perú se vio obligado a apoyar a Bolivia, con quien había firmado un tratado secreto de alianza en 1873. El conflicto se desarrolló principalmente en suelo peruano, demostrando Chile una total superioridad militar. Tras las batallas de Tacna (mayo de 1880) y Arica (junio de 1880), los chilenos desembarcaron cerca de Lima, llegando a tomar la capital en enero de 1881. Tras resistir durante un tiempo en el norte y en la sierra, el presidente provisorio, Miguel Iglesias, convocó un congreso en Cajamarca que se pronunció a favor de la paz inmediata. El 20 de octubre de 1883 se firmó el Tratado de Ancón, que puso fin a la guerra y tuvo consecuencias nefastas para la economía peruana, ya que en él se estipulaba que Perú debía ceder perpetuamente a Chile la provincia de Tarapacá, y las de Tacna y Arica por un plazo de diez años, al cabo de los cuales debía celebrarse un plebiscito para decidir su nacionalidad definitiva.

⁴ Jorge Basadre (1992) acuñó el término “República aristocrática” para referirse a los gobiernos que se sucedieron en el Perú tras la Guerra del Pacífico desde 1895 hasta 1919, esto es, desde el segundo gobierno de Nicolás de Piérola hasta los inicios del Oncenio de Leguía (1919-1930). El término hace referencia a una época dominada por la oligarquía tradicional vinculada al Partido Civil, que consolidó la relación de dependencia entre Perú y las potencias imperialistas del exterior.

1919, permitieron el desarrollo de la clase media peruana⁵ y catapultaron a los intelectuales al escenario público, donde “se convirtieron en participantes directos e indirectos del proceso de reelaboración de la vieja identidad” (McEvoy 2013: 314).

La fascinación por el cambio y la angustia que provocaba el romper los lazos comunitarios, la necesidad de construir valores patrióticos sólidos y el desprecio burlón a los políticos y a las instituciones democráticas que estaban asumiendo dicha tarea, la angustia por ser aceptado y el desdén por *el establishment*, fueron algunas de las características de la cultura mesocrática que fue construyéndose un espacio y una voz durante los años finales del régimen civilista (McEvoy 2013: 315).

En este contexto se sitúa la obra de Abraham Valdelomar, quien, contemporáneo de la “generación del novecientos”, presentó, al igual que otros jóvenes intelectuales de provincias, una actitud diferente. A menudo, la crítica posterior ha insistido en hablar de generaciones, enfrentando a los novecentistas, encabezados por Riva-Agüero con los “colónidas”, agrupados en torno a Valdelomar y la revista que dirigió en 1916, *Colónida*. En realidad, no puede hablarse aquí de generaciones, pues se trata de una serie de escritores nacidos en torno a los mismos años. Probablemente esta artificial oposición cronológica se deba más bien al hecho de que autores más jóvenes como José Carlos Mariátegui o César Vallejo (que se alinearon en su juventud con los “colónidas”) manifestaron, ellos sí, una clara oposición a los novecentistas, y la imagen que estos difundieron ha sido heredada por críticos posteriores.⁶

⁵ “A inicios del siglo xx, las clases medias empezaron a mostrar un rostro más definido en el espacio de una ciudad que, como Lima, atravesaba por cambios acelerados. La presencia de la clase media se hizo evidente en el censo de 1908. Una comparación entre los censos de 1876 y 1908 arroja un incremento en el número de abogados, ingenieros, médicos, empleados asalariados, maestros, periodistas, estudiantes y pequeños comerciantes. Los empleos asalariados pasaron de 950 en 1876 a 6.821 en 1908. Los tenderos crecieron de 845 a 1.382 y los periodistas, entre los que se encontraba Valdelomar, se multiplicaron casi diez veces. Las filas de la clase media se vieron engrosadas por la inmigración, principalmente italiana, que a partir de finales del siglo xix empezó a jugar un papel determinante en la economía del país” (McEvoy 2013: 326).

⁶ Cabe mencionar, no obstante, que los últimos estudios que se ocupan de este periodo (McEvoy 2013; Rénique 2015) empiezan a refinar el aspecto generacional, reconociendo que,

Entre 1914 y 1916, Mariátegui era articulista de *La Prensa*, donde conoció a Abraham Valdelomar, con quien trabó gran amistad.⁷ Luis Alberto Sánchez era más joven, pero en 1916 conoció a Valdelomar, Mariátegui y otros “colónidas” a raíz de sus primeras colaboraciones literarias en prensa. Si bien ambos autores se iniciaron en el campo de las letras al amparo de *Colónida*, sus intereses viraron temprano hacia temas sociales. Igual que los “colónidas”, siguieron la prédica de Manuel González Prada, pero se vincularon al socialismo, al comunismo y a la reivindicación de los derechos de los indígenas y de una nueva configuración del país. No es extraño que estos autores, a los que después se agregarían otros como Víctor Raúl Haya de la Torre o Luis E. Valcárcel, asumieran una postura antagónica con respecto a los novecentistas, pues estos representaban la pervivencia del tradicional dominio de la élite oligárquica limeña. En sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Mariátegui realizó una dura diatriba contra Riva-Agüero y los demás intelectuales de este grupo, a los que atribuía un “positivismo conservador” materializado en limeñismo y pasadismo, “lo que, en política, se traduce así: centralismo y conservantismo” (Mariátegui 1928: 194).

La concepción de Sánchez y Mariátegui, que marchaba por cauces muy parecidos en estos años, perduró en los siguientes, pues la crítica ha mantenido generalmente esa visión profundamente negativa de la generación del novecientos.⁸ Si bien es cierto que, como tónica general, los novecentistas

dentro de lo que se puede considerar cronológicamente el “novecentismo” convivieron, se opusieron y se influyeron complejas tendencias ideológicas representadas por distintos sectores sociales y que sustentaban proyectos nacionales divergentes.

⁷ En 1916 participó en *Colónida*, y ambos autores colaboraron por estos años en la redacción del drama *La Mariscal*, inspirado en la biografía novelada homónima de Valdelomar; también publicaron en prensa, por esta época, sus “Diálogos máximos”, asumiendo los sobrenombres de Manlio y Aristipo.

⁸ Visión que puede rastrearse en intelectuales peruanos de primera línea durante todo el siglo xx. Para Julio Ortega, en Perú, la situación “dependiente y subsidiaria del entendimiento de la realidad nacional sería formalizada por los trabajos de la generación del 900” (1978: 31). Por su parte, Antonio Cornejo Polar distingue en Perú una tradición dominante, vinculada a un proyecto nacional de carácter hispanista y conservador, frente a una tradición subalterna, la que corresponde a la población indígena sometida y acallada por el discurso oficial, y que propone un modelo donde la esencia de la nación se halla en lo indígena. Y en este escenario, también para Cornejo Polar, “la opción hispanista es temprana y tiene manifestaciones desde

abordaron la situación peruana desde posturas conservadoras, es necesario tener en mente que, en realidad, hubo entre ellos una pluralidad de miradas y tendencias políticas (siempre dentro de una postura conservadora). Ya acercándonos al medio siglo, Tamayo Vargas (1947), sin negar la tendencia conservadora de estos autores, reconoce la trascendencia de su labor para la historia cultural peruana del siglo xx. Más recientemente, Teodosio Fernández (2009) explora los planteamientos variados que propusieron los “novecentistas”, cuya producción amalgamó influencias y teorías de época que, en todo momento, tenían por objetivo la revitalización del Perú y la definición de su identidad cultural. Estos autores exploraron disciplinas distintas como la sociología, la historia, la historia de la literatura, con una amplitud de miras mayor que la que les conceden los críticos posteriores.

En realidad, la visión que se tiene de la “generación del novecientos” es el resultado del efecto simplificador del propio concepto de “generación”: se ha tendido a identificar a todo el grupo con las posturas más conservadoras de Riva-Agüero, dejando de lado la variedad y complejidad de planteamientos más abiertos de otros autores. Los jóvenes de la Reforma Universitaria convirtieron a los “novecentistas” en enemigos, y así se presentaron como lo nuevo, redefiniendo nociones como nación, indio o modernidad (López Alfonso 2009). De este enfrentamiento surgió la noción de dos generaciones diametralmente opuestas —la “generación del novecientos” frente a la “generación de la Reforma Universitaria”— y la labor de autores como Valdelomar y otros “colónidas” se ha visto, como consecuencia, deformada. En unos casos, se ha identificado el movimiento Colónida con la generación posterior y, como he indicado antes, se ha planteado la existencia de dos generaciones de autores que eran, de hecho, de la misma edad. Incluso cuando esta artificial división no ha sucedido, la labor de los “colónidas” ha quedado oscurecida entre las posturas aparentemente ultraconservadoras de los novecentistas y la reacción tajante de los autores posteriores, de cariz socialista en política (Mariátegui, Haya de la Torre) y vanguardista en literatura (Vallejo).

Pero antes de la consolidación ideológica de autores como Mariátegui o Sánchez, vinculados a la Reforma Universitaria de 1918, y en un ángulo

1821, pero sólo adquiere vigor y sistematicidad al comenzar el siglo xx gracias al pensamiento de José de la Riva-Agüero” (1989: 68). Luis Loayza (1990) se suma a estas impresiones.

opuesto a los “novecentistas”, los intelectuales procedentes de sectores medios en su mayoría provincianos, como era el caso de Valdelomar, se habían erigido como motor de cambio. Su labor no estuvo cifrada en una iniciativa política, sino que se acerca más bien a la “función ideologizante” de Rama: “combatieron por afirmarse en una actividad —la literatura—, que había sido parte importante de la legitimación ideológica de los grupos dominantes, desplazando a los novecentistas” (López Alfonso 2009: 96). En efecto, en el proceso de cambio y reestructuración que sufría la sociedad peruana de estos años, se hacía necesario para los sectores medios ocupar un lugar en la producción literaria del país, es decir, conquistar el que históricamente había sido uno de los bastiones fundamentales de legitimación ideológica de las clases dominantes. En Perú, este “asalto a la ciudad letrada” vino desde la provincia, y se manifestó “como una eclosión de estilos literarios, un aumento del volumen de lo escrito y publicado, y un impulso hacia la profesionalización, encarnada con brillo por Abraham Valdelomar” (Lauer 1989: 12).

Puesto que, como he avanzado antes, los llamados “novecentistas” se dedicaron a la escritura de ensayos y estudios históricos y sociológicos, se creó un vacío en la producción literaria que vinieron a ocupar intelectuales de clase media y con frecuencia procedentes de las provincias, entre los que podemos contar a Valdelomar.⁹ No obstante, el interés de estos nuevos sectores en la literatura constituyó también la “expresión de una situación estructural vinculada con la identidad como problema central de la emergencia social” (Lauer 1989: 19-20). Esta especie de vacío en la producción literaria fue ocupado por intelectuales de provincias que por aquellos años llegaron a Lima,

⁹ Hay que matizar que no es que la generación del novecientos no sintiera interés por la literatura. De hecho, tenemos ejemplos como la narrativa y la poesía de Ventura García Calderón y de José Gálvez, ambos miembros de este grupo y ambos también ensayistas. Sin embargo, sí es cierto que se trata de dos casos excepcionales que por otro lado reflejan la diversidad existente dentro del grupo, en exceso homogeneizado por la crítica posterior. En cualquier caso, el interés de estos intelectuales aristócratas por la literatura estuvo sobre todo cifrado en lo que Lauer (1989) denomina “monopolio de la tradición”. Los ensayos de dichos autores en este campo estuvieron destinados al estudio diacrónico de la literatura peruana, estableciendo sus conexiones con la literatura colonial y, en última instancia, con la española, actitud que responde a una concepción nacional conservadora y arraigada en la herencia colonial.

como parte de ese engrosamiento de las clases medias que trajo consigo la industrialización de la capital y la proyección internacional de la economía peruana, una vez superados los primeros años críticos tras la guerra. Así, aunque entre los “colónidas” hubiera una marcada heterogeneidad desde el punto de vista literario, sociológicamente eran un grupo profesional, parte de una sociedad en proceso de cambio (Lauer 1989). Este grupo profesional encontró en el periódico su espacio de expresión, a su vez, la prensa se convirtió en agente movilizador de la vida cultural (Espinoza 2004: 35) y, al mismo tiempo, en espacio de escritura que legitimaba un proyecto nacional alternativo al de las clases hegemónicas tradicionales.

Por tanto, el panorama intelectual en que se movió Abraham Valdelomar no consistió en una mera diferencia de opiniones o puntos de vista artísticos entre la generación del novecientos y los “colónidas” —que, por otra parte, no siempre fueron tan antagónicos—, sino de un momento clave del devenir cultural peruano. Se trata de un momento en que, a las consecuencias de la Guerra del Pacífico, que aún pervivían en la memoria reciente de la población, se superpusieron el afán modernizador, los drásticos cambios sociales, la reincorporación de Perú a la economía mundial, la eclosión de la prensa y las editoriales, la inmigración extranjera, la incorporación de las capas medias y populares a la vida capitalina, o la irrupción del indígena en el debate nacional. Junto a todas estas, surgió la preocupación por dilucidar la especificidad de la literatura peruana y dar cuenta de los aspectos en los que radicaba su originalidad. La determinación de lo que constituía la literatura nacional estaba también, obviamente, relacionada con un proyecto nacional determinado. La óptica hispanizante propugnada por Riva-Agüero, que negaba la influencia de la cultura indígena en la literatura peruana, era el reflejo de una concepción elitista de la producción artística, que había de permanecer en manos de una minoría ilustrada (minoría ilustrada destinada no solo a monopolizar la cultura nacional, sino también a regir los destinos políticos del país). En obvia contraposición, intelectuales como Mariátegui y Sánchez retomaron la prédica de González Prada y extendieron la protesta en torno a la situación del indígena peruano al terreno de la cultura, de modo que, hacia los años treinta, la vanguardia peruana estuvo directamente vinculada a las reivindicaciones indigenistas, que se plasmaron, entre otras, en la revista *Amauta*, fundada y dirigida por Mariátegui en 1926. Las propuestas estéticas

que defendían una literatura donde la herencia indígena tuviera cabida encontraron su correlato en actitudes socialistas y marxistas, que defendían una democratización del país a todos los niveles, incluyendo el cultural. De este modo, al hispanismo de Riva-Agüero o Víctor Andrés Belaúnde, fundamentado en un “tradicionalismo dinámico o evolutivo” y que correspondía en realidad a una “estrategia política que aspiraba a modernizar el país desde arriba” (López Alfonso 2006: 19), se opuso el indigenismo propugnado por autores como Mariátegui. En realidad, en todo esto subyacía la cuestión del “*regionalismo* que teñiría la reflexión de las alternativas políticas reales; un problema en cuyo núcleo se acomodaba la oposición entre el Perú serrano e indígena y el Perú costeño y occidental o [...] la conciencia de que el Perú no constituía una nación” (López Alfonso 2006: 33). La confrontación surge, pues, una vez más, entre la “generación del novecientos” y la “generación de la Reforma Universitaria”.

Entre unos y otros se sitúan, a modo de bisagra, Valdelomar y los “colónidas”, en la medida en que representaron un cambio de sensibilidad y de actitud hacia los valores tradicionales que, sin embargo, no llegó a materializarse en acciones o ideologías políticas concretas.¹⁰ Lo cierto es que los “colónidas” vivieron una época que estuvo marcada por los cambios y la alteración de las jerarquías sociales. Al mismo tiempo, fueron ellos quienes recogieron el testigo modernista, obviado por los novecentistas, con la excepción de Ventura

¹⁰ Aunque sí es cierto que hubo autores, como es el caso de Federico More, que se pronunciaron con gran vehemencia sobre estas cuestiones, remarcando la oposición contra los valores representados por los novecentistas. Así abría, en 1924, “De un ensayo acerca de las literaturas del Perú”: “Ningún orden de la vida peruana escapa a la división. En el Perú o se es colonial —es decir, limeño— o se es incaico —es decir serrano [...]. No se trata sólo de una escisión originada por rencores políticos o por diferencias o injusticia económica. Trátase de dos razas, de dos tradiciones, de dos culturas, de dos actitudes históricas. [...] La sierra, sojuzgada, lucha, sin término, por su vieja libertad. La costa afánase por volver al mundo colonial, ama la esclavitud y goza cuando peligra su independencia” (99-100). Pero el caso de More es excepcional. Años después, otro “colónida”, Alfredo González Prada, afirmaba en una carta dirigida a Luis Alberto Sánchez en 1940: “vivíamos de espaldas a la realidad peruana, a los temas nacionales, al criollismo, al indigenismo” (1981: 214). Esta afirmación no es del todo cierta, no lo es al menos en el caso de Valdelomar, de quien el mismo González Prada reconoce que “hacia ‘peruanismo’ con frecuencia”, aunque matiza que era “a espaldas del movimiento. *El Caballero Carmelo* y *La Mariscala* son algo así como infidelidades al colonidismo” (ibíd.).

García Calderón. Los “colónidas” recibieron todo el impacto modernizador propugnado por los modernistas latinoamericanos y se empaparon de lecturas europeas. Quisieron plantear un desafío, ser rebeldes y atrevidos, y epatar a los burgueses limeños, vivieron de su escritura en diarios y revistas, se escudaron en ese aristocratismo espiritual de que hicieron gala los escritores finiseculares europeos y latinoamericanos y enarbolaron orgullosos la bandera del cambio en los gustos estéticos. Pero todo ello nunca se articuló en un programa político propio. Se trataba en esencia un grupo heterogéneo y su papel fue el de bisagra, eslabón entre un orden viejo y uno nuevo. Lo que lograron con sus actitudes y escritos fue activar los resortes de un cambio posible. No en vano fueron los primeros en alzarse con el control de su propia mercancía cultural, y en hacer que la provincia irrumpiera en la vida capitalina y reclamara su lugar en el seno de la vida peruana. Sin embargo, la importancia de esta función ha quedado difuminada a menudo en los estudios literarios, constreñida por artificiales agrupaciones en generaciones que falsean el contenido y alcance de la producción de este heterogéneo grupo de autores. En definitiva, el movimiento “Colónida”, y Valdelomar en particular, iniciaron un diálogo fundamental con los autores de la “generación del novecientos” y sentaron, con sus reacciones, las bases para el surgimiento de intelectuales como Mariátegui o Vallejo. Este estudio parte de esta perspectiva para abordar la obra literaria de Abraham Valdelomar.

1.2. VALDELOMAR INCLASIFICABLE: LA CUESTIÓN DEL ETIQUETADO Y LA EVOLUCIÓN

En las primeras décadas del siglo xx, la prensa se configuró como la alternativa al espacio universitario, y en ella se fraguaron las posturas progresistas del momento. Mientras los intelectuales procedentes de familias acomodadas y vinculadas al civilismo encontraron un punto de reunión en las aulas universitarias, los recién llegados de las provincias gravitaron en torno a las redacciones de los periódicos. Así, frente a *El Comercio*, alineado con el Partido Civil, periódicos como *La Prensa* y *El Tiempo*, fueron los espacios alternativos que ocuparon escritores como Valdelomar. Estos jóvenes se reunían principalmente en el diario *La Prensa* y en la tertulia que se formaba en la confitería Palais Concert.